

El pueblo no comprendía que se discutiera con los culpables: pedía á gritos su muerte. Roberto juzgó que era más fácil enviarles al suplicio que volverles á la fe. Les mandó quemar con toda solemnidad. Muchos de los condenados eran clérigos; una monja, que profesaba su doctrina, la abjuró y obtuvo perdón. Era tal la repulsión que inspiraba la herejía, que la reina Constanza, que estaba en la puerta de la catedral de Orleáns, en el momento en que salían los herejes saltó con un palo un ojo á su antiguo confesor, el canónigo Esteban.

El rey Roberto es el primero que aplicó el suplicio del fuego á los herejes. Ese hombre tan benigno fué el padre de la Inquisición. Fué innovador y su innovación asombró. Un fraile de Fleuri escribía á uno de sus amigos al día siguiente de la ejecución: «Quiero explicaros algo de la herejía descubierta en Orleáns. Si algo sabéis ya, sabed que es verdad. El rey Roberto ha hecho quemar vivas unas catorce personas, entre las cuales había los mejores sacerdotes y los primeros laicos de la ciudad.» Quedaron sorprendidos los contemporáneos, no indignados. Roberto fecha altivamente una de sus cartas del «año en que el heresiarca Esteban y sus cómplices fueron condenados y quemados en Orleáns.»

Contra la costumbre de la época anterior, las autoridades del siglo XI obedecían casi siempre á las pasiones de la multitud. El populacho de las grandes ciudades se mostraba más intolerante y encarnizado contra los herejes que los reyes y obispos. Un prelado lorenés, Wazón, obispo de Lieja, indignado de tales crueldades, aconseja á sus colegas de Francia que procedan con menos rigor. Al obispo de Chalóns, que le pregunta si debe entregar los herejes de su diócesis al brazo secular, le contesta que esto sería obrar contra el espíritu de la Iglesia y contra las mismas palabras de su fundador. «Jesucristo ha ordenado no separar la cizaña del buen grano por temor á que, arrancando aquélla, no se arranque también el candeal.» Cree que no hay que matar á los herejes, sino excomulgarlos. La crónica liejense que conserva sus palabras, añade esta singular aserción: «Wazón procuraba así calmar la ciega rabia de los franceses ávidos de sangre; ya que supo que éstos condenan como herejes á los sospechosos por sólo la palidez de sus caras.» La palidez indicaba la abstinencia de carne, y ya se sabía que tal abstinencia era una de las reglas de los «maniqueos.»

La herejía que salió de las escuelas y pasó de los clérigos á los burgueses de algunas grandes ciudades, acabó por invadir la campiña y contaminar á los campesinos? ¿Precisa creer, por lo contrario, que las miserias sociales determinaron en ciertos puntos rurales una oposición espontánea á la ley y á las creencias de la Iglesia? La herejía de tipo popular aparece ya á fines del año 1000 en un rincón de la Champaña, en Vertus. Un simple labriego, Leutard, se declara inspirado por el Espíritu Santo, despide á su mujer «para obedecer el precepto evangélico,» rompe los crucifijos y recluta adeptos entre los labradores, á los que dice que no hay que pagar los diezmos. Escoge lo que le parece de las Escrituras, diciendo que no hay que creer sino una parte de lo que los profetas predicaron. El obispo de Chalóns, Jebuin, le hace aprehender y le obliga á confesar que no sabe nada de las doctrinas de la Iglesia;

lo cual le desacredita ante sus partidarios. «Cuando se vió vencido y abandonado por sus discípulos, añade Raúl Glaber, se echó de cabeza á un pozo.»

Docta ó popular, la herejía del siglo XI parece dimanar de una misma doctrina: la del «neomaniqueísmo» ó «catarismo.» El fundamento metafísico de la religión cátara, que se convertirá un siglo después en la de los albigenses, es el dualismo, la coexistencia eterna de los principios del bien y del mal, siendo el diablo, el autor de la materia y del mundo visible, causa de todo mal moral y físico. El pecado consiste, sobre todo, en el amor de la criatura material; y de ahí la prohibición relativa al matrimonio y la de la bendición matrimonial y la interdicción absoluta de segundas nupcias. Prohíbe alimentarse con leche y carne, pues el catarismo admite la metempsicosis y no quiere que se mate á los animales, porque éstos pueden ser personas que en otro tiempo fueron humanas y no han acabado la serie de sus transformaciones.

La oposición con el dogma católico es absoluta en puntos esenciales. Los cátaros no reconocen la autoridad del Antiguo Testamento; niegan que Cristo apareciera á los hombres revistiendo forma verdaderamente corporal; desechan la presencia real en la Eucaristía, la superioridad de la Virgen sobre las demás mujeres y la necesidad del bautismo. No sólo atacan el dogma, sino que su doctrina sobre el origen malo del mundo visible les obliga á condenar, en el culto ortodoxo, toda manifestación exterior y material, las ceremonias que impresionan los sentidos, la veneración de las imágenes y de las reliquias. No acepta la jerarquía católica. La herejía, negando á los obispos el don del Espíritu Santo y el derecho de ordenar sacerdotes, condena en realidad el episcopado.

Y, sin embargo, el catarismo es una religión positiva que tiene su tradición, su ritual, y hasta un embrión de organización jerárquica. Es que no aplicó hasta sus últimas consecuencias los principios en que se basaba. Admitía dos categorías de fieles, dos grados de pureza. Los «perfectos» son los puros por excelencia, los verdaderos cátaros, los que se ciñen á todo el rigor del sistema, sobre todo al celibato, manifestación de una santidad absoluta. Forman lo mejor, la aristocracia espiritual de la sociedad. Los «creyentes» son la masa de los fieles á quienes se tolera el matrimonio y las demás necesidades materiales. Viven la vida ordinaria, pero obligados á aproximarse cuanto puedan al estado de pureza.

Uno de los rasgos característicos del catarismo es el rito llamado *consolamentum*, que pone á los fieles en comunión con los perfectos. Por esta especie de bautismo, el perfecto impone las manos sobre la cabeza del creyente, le da su bendición y el beso de paz, y así le comunica el «espíritu,» gracia especial que purifica el alma y la levanta de su caída. Cierta número de perfectos, escogidos entre los más santos, recorren la región á que están adscritos y administran el *consolamentum*. Se les considera como receptáculos del espíritu divino y los devotos se arrodillan ante ellos con adoración. Este dogma del consuelo se halla también en la herejía de 1022: «Hermano, dicen los cátaros orleanistas á uno de sus adeptos, hasta ahora estuviste sumido con los ignorantes en el abismo del error: pero hoy,

colocado en la cima de toda verdad, has empezado á abrir los ojos del espíritu á la luz de la verdadera fe. Te abriremos las puertas de la salvación, y si consientes en entrar en ella por la imposición de las manos, quedarás libre de todas tus faltas y lleno del don del Espíritu Santo, que te enseñará á conocer el profundo sentido de las Escrituras. Alimentado por un manjar celeste y reconfortado por este alimento interior, gozarás con nosotros de la vista de los ángeles: nada te faltará, y Dios, en quien están los tesoros de toda sabiduría, será contigo.» El fanatismo de los reos de Orleáns se explica por la firme creencia de los *consolados*, que imaginan que la muerte, llegando en estado de salud, es prenda cierta de salvación.

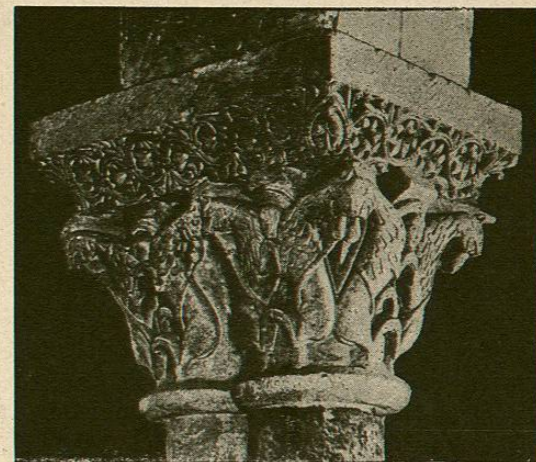
No se sabe por qué caminos el catarismo se introdujo en el Norte y Mediodía de Francia. Según Raúl Glaber, una mujer venida de Italia convirtió al maniqueísmo á los clérigos de Orleáns. Ademar de Chabannes atribuye su propagación á un labriego del Perigord. Si hay que dar fe á las actas del sínodo de Arras, los promotores de la herejía descubierta en 1025 fueron unos italianos dirigidos por un jefe llamado Gundolfo. Tales afirmaciones concuerdan perfectamente con la opinión generalmente admitida, que estima que la herejía se comunicó á las regiones de Occidente por frailes greco-eslavos. Su doctrina, originaria de Tracia, se cree que ganó la Dalmacia, Italia, y pasó de allí á Provenza, Langüedoc y Aquitania. Pero ante los textos positivos que demuestran que en Reims y en el Norte se notaron los primeros síntomas de la disidencia religiosa, ¿para qué empeñarse en suponer que provino de Italia y del Oriente? El maniqueísmo pudo hallar un punto de apoyo, ya que no su origen, en el pensamiento de ciertos profesores, que conocían, á fuer de sabios, la doctrina dualista, y decididos, como filósofos, á reprobar el dogmatismo intolerante del clero y el desarrollo abusivo de las prácticas materiales en que la religión de la Edad media parecía querer ceñirse por entero. Este movimiento de oposición á la Iglesia debió ser, en muchos puntos, efecto de una reacción espontánea, análoga á las reacciones de distinta naturaleza que no tardarían en producirse en el orden económico y social. Las herejías del siglo XI, salvo ciertos fenómenos aislados de iluminismo, surgían naturalmente del renacimiento escolar, como la revolución municipal tendrá su primordial origen en la renovación del comercio y de la industria en las ciudades.

IV.—Caracteres generales del arte románico (1)

Aún más que la literatura y la ciencia, el arte del siglo XI es esencialmente religioso. No es preciso buscar en los literatos y teólogos de aquella época la expresión más elevada y poderosa de la idea cristiana, sino en los

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Lubke, *Essai d'histoire de l'art*, traducción Koella, novena edición. J. Quicherat, *Mélanges d'archéologie et d'histoire*, tomo II, 1886. Courajod, *L'Architecture romane*, 1888. Anthyme Saint-Paul, *Histoire monumentale de la France*, tercera edición, 1888. Courajod, *Les sources du style roman du VIII au XII siècle*, en el «Bulletin des Musées,» 1891. Bayet, *L'art byzantin*, 1883. Dehio y Bezold, *Die kirchliche Baukunst des Abendlandes*, 1884-1891. Vöge, *Die Anfänge des monumentalen Stiles im Mittelalter*, 1894.

arquitectos y escultores, desconocidos en su mayoría, que empezaban en todos los puntos de Francia á edificar y embellecer nuestras *iglesias románicas*. Estos monumentos, fieles espejos de las creencias de otras épocas, testigos aún vivientes de la fecundidad de los artistas, cuya fe guiaba la imaginación y la mano, fueron entonces las verdaderas obras maestras de la inteligencia francesa. Para comprenderlos no basta sentir una pasión de arqueólogo ó de historiador; sería preciso para ello sentir el estado de ánimo de aquellas muchedumbres para quienes la casa de Dios era el domicilio de elección, el refugio contra la implacable dureza del estado social y algo así como el vestíbulo de un mundo mejor.



Capitel de la iglesia de San Saturnino de Tolosa

«En la época en que iba á empezar el tercer año después del año 1000, un mismo hecho se produjo en Italia y Francia: se reedificaron las basílicas y las demás iglesias. La mayoría estaban bien construídas, sin embargo, y no había necesidad de variarlas; pero entre todos los países cristianos hubo una gran emulación para poseer cada cual los mejores templos. Hubiérase dicho que el mundo se sacudía y arrojaba sus antiguallas para revestir una blanca vestidura de iglesias. En todas partes, en las catedrales y monasterios, en las parroquias más insignificantes, el santuario fué restaurado.» El cronista Raúl Glaber no atribuye, pues, á los terrores del año 1000 y á la explosión de reconocimiento popular este magnífico desarrollo de construcciones religiosas. Pero la verdadera causa no es tampoco la que indica.

Durante las invasiones normandas y las guerras feudales, muchas iglesias habían ardido con sus tesoros de reliquias y de objetos de arte. Sus armazones y sus artesonados las exponían á los incendios y á las inclemencias de las estaciones. Los arquitectos del siglo XI quisieron reemplazar los techos de madera por los de piedra y fortificar el templo abovedándolo. No puede decirse que acertaran de primera intención. Buen número de estas iglesias, construídas en tiempo del rey Roberto, no eran bastante sólidas para durar: fué preciso, pues, reconstruirlas á fines del siglo XI ó á principios del XII.

La iglesia románica surgía, por una evolución natural, de la basílica carlovingia, como ésta derivaba á su vez de la basílica latina. En el edificio carlovingio existían ya una nave central con dos laterales más estre-

chas, un crucero figurando los brazos de la cruz, un coro separado de la nave y del crucero por un cierre de piedra algo elevado á fin de que permitiera la excavación de la cripta en que se guardaban los huesos de los santos, y un portal de entrada situado enfrente del coro. Todos estos elementos, esenciales á la construcción de las basílicas, sirvieron al arquitecto románico de punto de partida. Ni siquiera tuvo que idear la bóveda, puesto que ya aparece, bajo diversas formas, en los monumentos del arte latino. Pero él la apropió á las necesidades de la construcción religiosa, empleando sobre todo esa arcada de plena cimbra prolongada, que se llama «bóveda de cañón,» y el sistema de compartimientos que reposa en ángulos salientes y que constituye la «bóveda de aristas.» En algunas regiones de Aquitania (por ejemplo, en el Perigord) empleó por excepción, para cubrir las naves, la cúpula, tan preferida por los arquitectos romanos.

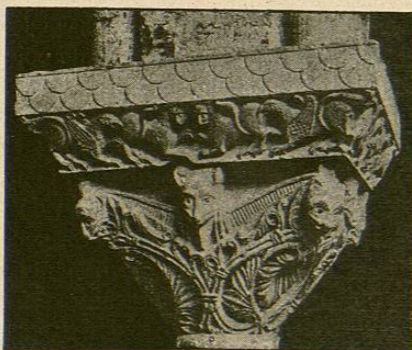
Para vencer los inconvenientes del empuje de las bóvedas sobre las paredes laterales, no sólo fué preciso hacer más gruesas estas paredes y disminuir el vano y el número de los ventanales, sino también sostener la bóveda en el interior por cimbras de piedra ó arcos apuntados, y en el exterior por contrafuertes simétricos; hubo que reforzar los pilares internos, multiplicar los haces de pilastras y columnas; en una palabra, disminuir el espacio para ganar en solidez. Las necesidades de la defensa explican la construcción de esos campanarios macizos, primero circulares, después cuadrados ó poligonales, verdaderas fortalezas desde donde el centinela advertía la presencia del enemigo desde lejos, y donde, en caso de necesidad, es posible atrincherarse y sostener algún tiempo el ataque. Y, sin embargo, hay en la construcción románica un vuelo que revela claramente las aspiraciones más elevadas del pensamiento religioso. Estos arcos y estas bóvedas ascienden, siquiera se redondeen y se rompan. Habitados hasta entonces á las líneas horizontales del templo antiguo, los ojos siguen y comprenden el atractivo mayor de la línea vertical que se lanza atrevidamente hacia el cielo. Empieza ya esa ascensión de la piedra que, en el período del arte gótico, alcanzará un empuje prodigioso de osadía y audacia.

La arquitectura románica sabe compensar perfectamente el aspecto poco agradable y macizo del conjunto por la riqueza de la ornamentación en los detalles.

El artista adorna el coro con una encantadora cintu-

ra de capillas absidales que convergen al santuario. Despliega en la fachada, compuesta de muchos pisos de arcaturas y á menudo terminada por un frontón triangular, todas las opulencias de una decoración deslumbradora. Rosetas, dientes de sierra, chevrones, ajedrezados, forman molduras graciosas alrededor de las puertas y varían hasta lo infinito el placer de los ojos. El conjunto se halla dominado por el campanario con sus ventanas de arco de medio punto, con cordones delicados de minúsculas arcadas y columnitas. En el interior se multiplican las columnas estriadas, que terminan en capiteles de hojas de acanto en muchos templos del Mediodía, y más sencillas en el Norte, con sus capiteles cúbicos de superficie lisa ó cortados en forma de hojas y animales raros y rostros humanos, cuyo conjunto constituye á menudo una escena de la historia sagrada ó militar. A pesar de todo, las naves, el crucero y el santuario serían algo sombríos si no los alegraran los frescos de las paredes y la policromía de vivos tonos que cubre capiteles y bóvedas. También las esculturas exteriores, pintadas y doradas, dan á la fachada el aspecto de un gigantesco cuadro, verdadero recreo para los ojos de un pueblo joven al que no chocaba el maridaje del color y del relieve.

Este arte del siglo XI no deriva, pues, por completo de la fórmula latina ó galo-romana en que se quiso en otro tiempo encerrarle. Es producto directo del espíritu religioso y hasta cierto punto de las necesidades del mundo feudal en que debía vivir. No es posible negar tampoco que sufrió algunas influencias orientales, ó por lo menos bizantinas, debidas á las relaciones de Francia con Italia y el imperio griego, antes y después de la primera cruzada. Pero los elementos complejos que lo engendraron se fundieron armoniosamente en una creación original, muy francesa, cuyos caracteres de unidad subsisten á través de la diversidad de los rasgos regionales. Las concepciones y procedimientos del espíritu local, tan intenso y vigoroso en aquella época, ofrecen igual espectáculo bajo formas muy diversas. Pero sólo á fines del siglo XI y principios del XII es cuando el arte románico, en plena posesión de todos sus recursos, llegó á combinar materiales, formas y colores, de modo que revelara el genio propio de cada una de las escuelas productoras. Entonces hablaremos, caracterizándolos, de estos grupos artísticos y de las obras maestras que nos han legado.



Capitel del claustro de la abadía de San Pedro en Moissac

LIBRO SEGUNDO

EL RENACIMIENTO FRANCÉS (FIN DEL SIGLO XI Y PRINCIPIOS DEL XII)

CAPÍTULO PRIMERO

LA REFORMA EPISCOPAL Y LA CUESTIÓN DE LAS INVESTIDURAS

- I. La reforma antes de Gregorio VII y las teorías reformistas.—
II. La crisis gregoriana.—III. El tercer partido. Resultados de la reforma.

I.—La reforma antes de Gregorio VII y las teorías reformistas (1)

El período de nuestra historia que comprende el último cuarto del siglo XI y el primer tercio del siguiente, vió realizarse profundos cambios en la sociedad francesa.

Un enérgico esfuerzo de la Iglesia para regenerarse y rechazar los elementos feudales; la constitución definitiva de la monarquía de los papas, cuya reforma y cruzadas inauguraron el poder universal; las tentativas de los altos feudatarios para constituir gobiernos; la resurrección de la realeza en la persona de Luis VI; el primer ensayo de emancipación popular en las campañas y en las ciudades; el despertar de la razón libre que da nuevo carácter á los estudios teológicos y nuevo impulso á la herejía; los progresos decisivos del arte manifestados por las primeras obras maestras de la literatura en lengua vulgar, por el prodigioso desarrollo de la arquitectura románica y por la creación de la ojival; he ahí el espectáculo á que asistieron los contemporáneos de Gregorio VII, de San Bernardo y de Luis el Gordo.

La mayoría de estos acontecimientos están ligados unos á otros; atestiguan un movimiento universal de reacción contra el régimen de desmenzamiento político y de servidumbre social é intelectual que engendraba el feudalismo.

La Iglesia tomó la iniciativa de esta transformación. La reforma eclesiástica removió á un tiempo papas, obispos, clérigos, frailes, emperadores, reyes, barones y hasta los burgueses de las ciudades. Suscitó una polémica ardiente de palabra y por escrito, desencadenó la guerra entre las diversas fracciones de la sociedad religiosa, y conmovió los poderes laicos. La perturbación se extendió casi á todo el Occidente. Produjo una crisis aguda

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Imbard de la Tour, *Les Élections épiscopales en France du IX^e au XII^e siècle*, 1890. Rocquain, *La Cour de Rome et l'esprit de réforme avant Luther*, tomo I, 1893. A. Cauchie, *La Querelle des investitures dans les diocèses de Liège et de Cambrai*, 1.^a parte, 1890. Will, *Der Anfang der Restauration der Kirche*, 1859-1864. Bröcking, *Die französische Politik Papst Leo's IX*, 1891. Auerbach, *Die französische Politik des päpstlichen Kurie vom Tode Leo's IX, bis zum Regierungsantritt Alexanders II*, 1893. Mirbt, *Die Publizistik im Zeitalter Gregors VII*, 1894.

bajo los pontificados de Gregorio VII, Urbano II y Pascual II (1073-1119); pero, á decir verdad, así por los primeros combates como por las últimas conmociones que produjo, la reforma no cesó de inquietar y sobreexcitar las almas desde mediados del siglo XI hasta fines del siglo XII, es decir, cerca de ciento cincuenta años.

Al emprender la reforma, los directores de la Iglesia acometían una doble tarea: moralizar á los clérigos contaminados por las costumbres feudales y substraer todos los cargos religiosos, desde las más altas prelaturas hasta el más humilde curato, á la dominación de los señores laicos. Estos dos progresos se completaban, pues tan necesario era variar las costumbres como cambiar las instituciones. El envilecimiento del personal eclesiástico provenía principalmente del modo como se reclutaba, de la parte que tomaba el feudalismo grande y pequeño en el nombramiento de obispos, canónigos y curas, del tráfico de los beneficios abiertamente practicado, es decir, de la simonía. No se trataba, pues, solamente de arrojar el espíritu feudal de la Iglesia: era preciso poner á ésta fuera de la esfera de acción del feudalismo. Lo difícil era devolverle su independencia, arrancar los bienes eclesiásticos á los reyes, barones y caballeros que habían tomado la costumbre de darlos ó venderlos. Esto conducía á modificar profundamente la organización política y económica de los Estados y señoríos. ¡Tarea abrumadora! La reforma entrañaba casi una revolución.

Fué terrible en países como en Alemania, donde reinaban soberanos enérgicos y dueños de gran parte de las fuerzas de su nación, en que los prelados eran casi todos grandes señores investidos de vastos dominios y de un poder temporal de primer orden. Este clero alemán, particularmente preocupado por intereses materiales, hallábase bajo la mano del emperador, bajo su vasallaje directo: fuéle posible, ayudado por el jefe del Estado, rechazar las innovaciones. La cuestión de la reforma se complicaba, en Alemania, con las pretensiones que tenían los emperadores de dominar en Roma y en Italia y hasta en Europa entera. Debatida con furioso empeño en Alemania é Italia, la cuestión de las investiduras fué, desde el principio, el duelo gigantesco de las dos grandes potencias de la cristiandad.

Dentro del reino de los Capetos la disputa no tenía igual carácter ni tanto interés. La lucha fué aquí menos ardiente y dramática, porque la resistencia de los franceses á la reforma no halló por paladín á un rey poderoso. La autoridad política estaba tan desmenzada en Francia, que podía decirse que en realidad había en el país diez soberanos y diez Estados. Los Capetos no se opusieron al Papado sino por azar, sin convicción ni